

Prólogo

A veces, de un encuentro inopinado con un amigo surgen ideas y pensamientos que parecían dormidos. Así me sucedió al encontrarme con un amigo al que no veía desde hacía tiempo. Siempre lo tuve por buena persona. Por esto no me extrañó que me dijera que estaba leyendo los Evangelios y le gustaban mucho. Sin embargo, no acababa de entender el sentido de algunas de las parábolas. Le expliqué lo que pude en ese momento, y dejamos para más adelante entrar en detalles.

Aquella conversación, no obstante, me suscitó el deseo de escribir algo acerca de las parábolas del Rabbí de Nazaret. Para ello debía superar dos escollos: encontrar tiempo para escribir y dar con el lenguaje adecuado. El tiempo lo saqué gracias a la pandemia; respecto al lenguaje opté porque fuera sencillo y adaptado en lo posible a las expresiones de hoy.

De otra parte, no podía olvidar que «Dios es el autor que inspiró los libros de ambos Testamentos, de modo que el Antiguo encubriera el Nuevo, y el Nuevo descubriera el Antiguo» (DV 16). Por lo que mis explicaciones debían tener una base bíblica, complementada con algunos comentarios de los Santos Padres y

del Magisterio de la Iglesia. Y todo ello enmarcado, además, en las tradiciones religiosas de Israel. Porque se ha de tener presente que Jesús de Nazaret era hebreo, y como tal pensaba y actuaba. Acudía a la sinagoga, celebraba como uno más de sus paisanos las fiestas y los acontecimientos principales de la historia de su pueblo. En este humus creció, y en él, cuando llegó la hora, comenzó a predicar.

Se sirvió del género parabólico, como medio apto para dar a conocer los misterios del Reino que venía a instaurar. Por medio de sus parábolas captaba la atención de sus oyentes, admirados por la vivacidad y colorido de las imágenes que empleaba y la autoridad con la que hablaba. Culminaban así las antiguas profecías y daba comienzo una nueva era.

Entre tanto, los desencuentros con escribas y fariseos eran frecuentes. Ni aceptaban su doctrina, y menos que fuera el Mesías anunciado. Sus disputas se centraban en dos puntos principalmente: el cumplimiento del descanso sabático y las normas de pureza ritual. En el fondo, no comprendían que Dios, movido por su amor e infinita misericordia, hubiera enviado a su Hijo para salvar a los hombres. Para hacérselo comprender les propuso, entre otras, las parábolas del buen samaritano, del hijo pródigo, del buen pastor o la de la oveja perdida.

Todos ellos son relatos vivos, luces que iluminan el presente y abren al hombre un futuro de esperanza. Las parábolas sirven para reflexionar sobre el sentido de la vida, el recto uso de los bienes, entender el enigma del dolor o el misterio de la muerte. Por esta razón, vienen a ser como una síntesis apretada del Evangelio, en las que aletea el palpitar de la Palabra divina. Una Palabra que sigue siendo hoy «viva y eficaz, más aguda que espada de dos filos. Penetra hasta la frontera del alma y del espíritu, hasta las articulaciones y médulas, y puede distinguir los sentimientos y pensamientos del corazón» (Heb 4, 12). Esta Palabra es el Logos

divino, el Hijo de Dios que se hizo hombre en las entrañas virginales de María. De ahí que, parafraseando a san Jerónimo, se pueda afirmar que «ignorar las parábolas del Evangelio es tanto como ignorar a Cristo».

Sevilla, 24 junio de 2021
Natividad de S. Juan Bautista